

La piedad con que nos compadecemos de sus males, les sirve de tanto consuelo, como la limosna con que los socorremos: En el teatro os enternecéis al oír referir las desgracias de un héroe fabuloso; ¿pues Jesu-Christo, que padece en sus miembros, no ha de ser merecedor de vuestra compasión?

4 Jesu-Christo, siendo el primero que descubre las necesidades de su Pueblo, nos enseña que nuestra caridad debe ser vigilante: Esta vigilancia está anexa al precepto de la limosna: Los ricos son los Pastores de los pueblos, según el cuerpo: Son responsables en el Tribunal de Dios de las malas consecuencias que hubieran podido evitar con una limosna dada á tiempo: No se os pide que averigüéis todas las necesidades de la ciudad, pero sí que no vivais rodeados cerca de vuestra propia casa de mil infelices, á quienes ofende vuestra pompa y vuestra prosperidad: Que en vuestros estados tengais cuidado de conocer á aquellas personas, á quienes la miseria y las enfermedades, el sexo y la edad, inhabilitan para ganar la vida, ó las ponen á peligro de perder la inocencia.

Estas son las reglas de la limosna Christiana: Sus frutos son los siguientes. 1. Es raíz de todas las bendiciones, aun de las temporales: Es una santa usura, que interesa á Dios en nuestra fortuna. 2. Ocasiona en nosotros la mas pura alegría, que pueden producirnos nuestros bienes. ¿Qué gusto no es el poder hacer felices á otros! ¿Qué consuelo el acordarse de que unas almas afligidas están levantando las manos al cielo por nosotros! 3. Ayuda á expiar las culpas de la abundancia, y á abrirnos las puertas del cielo: La gracia conserva grandes derechos sobre una alma en la que todavía no ha perdido los suyos la caridad: Nunca debe desesperarse la conversión de un buen corazón: Amad, pues, socorred y respetad á los pobres,

dres, para que os diga Jesu Christo en el ultimo dia: *Venid benditos de mi Padre, &c.*



L U N E S

DE LA IV. SEMANA

SOBRE LA MURMURACION.

Division. No hay cosa mas frívola que los pretextos con que nos justificamos á nosotros mismos la murmuración: Esta no se puede excusar. I. Ni con lo leve de los defectos de que murmuramos. II. Ni con la notoriedad pública. III. Ni con el zelo de la verdad y de la gloria de Dios.

I. Parte. En vano pretendéis excusar vuestras murmuraciones con lo leve de los defectos de que murmurais: Los motivos siempre son malos, las circunstancias pecaminosas, y las resultas irreparables.

1 No teneis mas fin, decís, que divertirnos á costa de unas faltas que no deshonran al proximo, ¡Oh qué alegría tan cruel el contristar á vuestro proximo! Ese es un placer perverso, que trae su origen del vicio: ¿Si nos está prohibido hablar una palabra ociosa, no ha de ser delito el avergonzar al proximo? Una palabra de desprecio es digna de eterno castigo, según dice Jesu-Christo, ¿y vosotros os habeis de tener por inocentes? ¿Puede la caridad regocijarse con el mal? ¿Un Christiano puede divertirse á costa de los miembros de Jesu-Christo? ¿No hay mil asuntos piadosos de que tratar, y que son dignos de la alegría de los

fielos? Registrad el secreto de vuestro corazón, y vereis que todas vuestras murmuraciones nacen de una secreta envidia: Siempre caen sobre una misma persona, y sois indulgentes para todos los demás. ¿No intentais con eso lisonjear á un Grande, á quien es odioso vuestro proximo? ¿No sacrificais su reputacion á vuestra fortuna? Acaso me direis que no, y que si alguna vez murmurais, es por pura indiscrecion: Quiero concederlo: ¿Y este vicio, que tan indigno es de un Cristiano, podrá justificarse con otro vicio? ¿Padece menos vuestro proximo por vuestra indiscrecion, de lo que padeceria por vuestra malicia? ¿Pierde menos de su credito? ¿No es delito incurrir en la indiscrecion en este punto? Considerad lo escrupulosos que sois en las cosas que interesan vuestro honor; ¿pues siéndolo tan poco en lo que interesa el de vuestro proximo, le amareis como á vosotros mismos?

2. El mundo llama hoy murmuraciones leves á las que no lo son en la realidad: Pero quiero suponer que las vuestras lo sean efectivamente, y digo que siempre son pecaminosas por sus circunstancias. 1. Vuestro proximo solamente tiene algunos defectos leves; luego es más digno de vuestro perdon y respeto: ¿Y con todo eso le desacreditais? ¿Qué crueldad y qué injusticia! 2. ¿Formariais la misma idea de los defectos que censurais, si os los echáran en cara á vosotros mismos? Entonces todo lo aumentaríais, y todo os parecería grave: ¿Pues por qué, lo que respecto de vosotros sería digno de venganza, dicho contra vuestro proximo ha de ser leve? 3. Aun quando murmurais de las faltas leves; no añadís alguna cosa? ¿No dexais siempre algo más que pensar con maliciosas conjeturas, con ciertos gestos, con ciertas expresiones, y aun con el silencio? 4. Acaso la persona de quien murmurais es de un sexo, en el que qualquiera leve rumor es una afrenta pública; en el que el no ser ala-

bada es una afrenta. 5. ¿No murmurais de vuestros Gefes, de aquellos á quienes Dios ha puesto sobre vuestras cabezas, y á quienes su Ley os manda respetar? 6. ¿No murmurais de los ungidos del Señor, á quienes os manda que no toqueis? Puede suceder que no siempre sea santa su conversacion, pero además de que Dios permite muchas veces para castigar los desordenes de los pueblos, que del mismo Santuario salga un olor de muerte, y entonces los desordenes de los Sacerdotes mas deben servir de motivo de llorar, que de murmurar; aun quando el Ministro mereciera algun desprecio, ¿podréis dexar de respetar su ministerio sin ser sacrilegos? 7. ¿No desacreditais á unas personas que profesan publicamente la virtud? ¿No dáis motivo á los que os escuchan para que piensen que hay pocos justos en la tierra, y para que se confirmen en las preocupaciones del mundo contra la virtud? Es verdad que los justos pueden alguna vez titubear, pero Dios á quien sirven toma muy por su cuenta los mas leves desprecios con que los afrentan los hombres: El Señor vengó á Elías, á Eliséo y á David de unas burlas que parecían dignas de perdon: El tocar á sus siervos es tocarle en las niñas de sus ojos.

3. Aun esas mismas murmuraciones que llamais leves, son pecaminosas atendiendo á lo irreparable de sus efectos: Todas las culpas se pueden expiar con las virtudes contrarias, pero no hay remedio ni virtud que pueda reparar la de la detraction: Decis que solamente á una persona habeis manifestado los vicios de vuestro proximo; pero ese confidente tendrá muy presto otros, que instruirán á los que le traten de todo quanto saben: Cada uno, al tiempo de contarle, añadirá nuevas circunstancias; y de este modo lo que al principio era un arroyuelo casi imperceptible, aumentado despues en su curso con mil arroyos advenedizos, será un torrente.

te que inundará la Corte, la Ciudad y la Provincia: En una palabra, vuestro proximo á costa del que habreis querido divertirnos sin mas fin, será formalmente desacreditado é infamado para siempre; despues será inutil el que para oponeros al público oprobrio canteis sus alabanzas, porque sereis el único que le alabe, y vuestros elogios, que ya llegarán tarde, no servirán mas que de ocasionarle nuevas sátyras; entonces murmurais por boca de todos vuestros conciudadanos; sois culpables del delito de los que los escuchan; ¿pues qué penitencia bastará para expiar estos males? Ni aun vuestra muerte podrá remediarlos; el escandalo os sobrevivirá, y no faltarán autores libertinos que le hagan eterno.

II. Parte. La murmuracion es pecaminosa, aun quando solamente se trata en ella de las faltas públicas, porque entonces ofende á la humildad, á la caridad y á la justicia.

La humildad representandonos con viveza nuestras faltas, nos quita el tiempo para notar las de nuestros proximos; hace que alabemos á Dios, porque habiendo acaso caído en los mismos desordenes, no hemos padecido la afrenta que ellos. Nos hace temer que el habernos escuchado el Señor esta confusion en este mundo, puede ser para hacernosla mas amarga y durable en el otro: *El que se halla entre vosotros sin pecado*, decia Jesu-Christo, *arroje la primera piedra contra esa muger*. Pues lo mismo os digo yo hoy, Católicos; tal persona acaba de perder su reputacion, y vosotros aun conservais la vuestra; sois mas felices que ella, ¿pero por ventura sois mas inocentes? Acaso Dios hará patente vuestra infamia; os armáis con la espada de la lengua, pues sereis atravesados con la misma espada; y aun quando estuvierais esentos de los vicios de que murmurais, Dios os entregará á ellos; porque la infamia es el mas regular castigo de la presuncion; Pedro, que se manifestaba el mas fervoroso de todos en de-

detestar la perfidia de Judas, cae él mismo en infidelidad; no hay cosa que mas atrayga sobre nosotros el abandono de Dios, que el malicioso gusto con que descubrimos las faltas de nuestros proximos.

2. Tampoco la caridad nos permite murmurar aun de las faltas públicas. *La caridad no obra en vano*. ¿Pues qué cosa hay mas inutil que el divulgar lo que ya es público? ¿Qué puede ser vuestro objeto? ¿Acaso hablar mal de vuestro proximo? Pero hallandose atravesado con mil heridas está suficientemente castigado, y ya es digno de vuestra compasion; ¿que sepan que deciais bien? Pero vosotros os hallais en una ocasion de que ya murmura el público, y en esto debierais poner en práctica vuestro arte de conjeturar; además de que la caridad gime por los escandalos, y por la utilidad que de ellos sacan los impíos y libertinos, y por la ocasion que con ellos se dá á las almas flacas de caer en los mismos desordenes, y así debeis contribuir con vuestro silencio á ocultarlos; el inferir de que todo el mundo habla de esos desordenes que tambien vosotros podeis hablar, es una barbaridad; la humanidad por sí sola nos enseña que es cosa gloriosa el declararse en favor de los desgraciados.

3. Aun quando murmurais de los defectos que son públicos, quebrantais las leyes de la equidad. Porque 1. Poneos en el lugar de vuestro proximo: ¿os persuadiriais á que el público exemplo le daba contra vosotros el derecho que os tomais contra él? 2. ¿Qué sabeis si fue algun impostor el primer autor de esas noticias públicas? Un enemigo, un rival, un envidioso pueden haber levantado una calumnia á vuestro proximo; el público puede haber recogido con malicia una simple indiscrecion, y haber hecho pasar por realidad lo que era pura conjetura: ¿No estaba inocente Susana quando fue desacreditada? ¿Quién mas inocente que Jesu-Christo? ¿Os atreveriais á escusar á los que le trataban de engañador? Luego los exponcis á calumniar á vuestro proximo. 3. ¿Qué sabeis

si ya ha expiado en la presencia de Dios su culpa con el arrepentimiento? En es caso no sería una grande injusticia hacer revivir unas culpas que ya el Señor ha perdonado? 4. Solamente se sabía en confuso que la conducta de vuestro proximo no era irreprehensible, ¿pues por qué habeis de querer aclarar los hechos, explicar todo el mysterio, y quitarle el poco honor que aun conservaba? 5. Acaso por razon de vuestro estado y de vuestro nacimiento, que os dán mucha autoridad para con todos los hombres, confirmais unos rumores que solamente se sabian por algunas personas de poca autoridad; con vuestro silencio solamente hubierais podido impedir la infamia pública, y la autorizais con vuestra censura; Ah! El mismo Dios disimula los pecados de los hombres, pues disimulemoslos nosotros, y no prevengamos el tiempo de sus venganzas.

III. Parte. Finalmente, la murmuracion se cubre algunas veces con el velo de la piedad. Si murmuramos de los pecadores, dicen algunos, es por zelo y por el horror que tenemos al vicio. Esto, Católicos, es una ilusion; la virtud, cuya alma es la caridad, no puede dispensarnos de la caridad misma; las reglas del zelo que el Evangelio señala son las siguientes: 1. El verdadero zelo gime por los escandalos que afrentan la Iglesia, pero sus gemidos son solamente delante de Dios; muchas veces habla de ellos á su Magestad en sus oraciones, pero los olvida delante de los hombres. 2. La piedad no nos dá imperio alguno sobre nuestros hermanos; el que caygan ó que permanezcan firmes lo dexa al Señor; pero nuestras quejas por sus désordenes nacen de un principio de soberbia, de malicia, de ligereza y de inquietud; deshonoran á la piedad, y justifican los discursos de los impios contra las personas virtuosas. 3. El zelo discreto busca la salud, y no la infamia del pecador; se hace amable para hacerse útil; mas se compadece de la desgracia de su proximo que lo que le irritan sus defectos; quisiera poderselos ocul-

ocultar á sí mismo, y sabe que el censurarlos es aumentar el escandalo. 4. Este zelo murmurador es inútil para aquel á quien ofende, porque está ausente y le es perjudicial, y porque solo sirve de empeorarle, agraviando á su reputacion; es perjudicial á los que los oyen, porque aprenden á no tener por vicio la murmuracion; el verdadero zelo es humilde, sencillo, misericordioso, delicado y timorato; una lengua que ha confesado á Jesu Christo no debe ser inquieta, peligrosa, ni estar llena de hiel y de amargura contra sus proximos: *Lingua Christum confessa non sit maledica, non turbulenta, non convitiis perstrepsens audiatur.* San Cypriano.

MARTES

DE LA CUARTA SEMANA.

DE LAS DUDAS ACERCA DE la Religion.

Division. La mayor parte de los que se precian de incredulos no lo son en la realidad. I. El desorden es quien propone las dudas, sin atreverse á creerlas. II. La ignorancia las adopta sin conocerlas. III. La vanidad se precia de ellas, sin que puedan servirle de remedio.

I. Parte. Con tres reflexiones se prueba que las dudas de los falsos incredulos nacen del desorden. 1. El desorden es el que forma las dudas, y no estas al desorden. 2. Viven unidos á sus pasiones, y no á sus dudas. 3. Solamente se oponen á las verdades que incomodan á sus pasiones. No hemos visto hasta ahora persona alguna que empieze dudando de la fé, y que de las dudas pase al des-

orden; lo primero es entregarse á los deleytes, despues nos persuadimos á que es imposible resistir, y por ultimo inferimos que es inutil esta violencia: ¿En qué pensamos antes de renunciar á la verguenza? Entonces como aun no estaba corrompido nuestro corazon, nos parecia respetable la fé; la razon estaba sujeta; ni aun dudas formabamos acerca de ella; y despues que se mudaron nuestras costumbres, ocurrieron las dudas: luego estas no han procedido de la fuerza de la razon, sino de la corrupcion del corazon, y de una falta de ánimo; como no podemos sufrir las amenazas de la religion, procuramos deslumbrarnos, tratandolas de temores pueriles, y ocultamos nuestro miedo con una obstentacion de valor. Por otra parte las pasiones necesitan del socorro de las dudas, se hallan combatidas interior y exteriormente; ellas por sí son muy flacas para resistir, y asi es necesario sostenerlas; como las amamos tanto queremos justificarlas; las verdades de la religion las asustan, y asi es preciso persuadirnos á que no las creemos; es decir que lo mas que puede el desorden es ponernos en estado de que deseemos ser incredulos; y asi quando el impío dice que no hay Dios, lo dice solamente en su corazon, y esto es explicar su deseo, porque quisiera que no hubiese quien vengase el vicio; aniquila á Dios con sus deseos, pero estos son tan esteriles como impíos; en lo íntimo de su alma siempre queda la idea de un poder infinito, y de una justicia temible, la que produce en ella muchos remordimientos; estos sería imposible desvanecerlos con decirse á sí mismo el pecador, que habiendose entregado á los desordenes no tiene que temer; mas conveniente le es el decirse, que acabandose todo con esta vida es cosa inutil el vivir mejor; esta idea le libra de todas las violencias, le mantiene en la indiferencia, y le impide el que se examine á sí mismo; á lo menos embota la sensibilidad de su conciencia, y haciendole que se tenga por lo que no es, le hace que viva como si fuera lo que desea ser; se halla demasiado disoluto

para determinarse á entablar una vida christiana; y muy flaco para desafiar á un Dios vengador, á quien reconoceria sin repugnancia; y así se mantiene en una especie de neutralidad entre la fé y la irreligion, y vive sin querer saber lo que es en la realidad.

2 La segunda razon, que se infiere de la primera, consiste en que si los falsos incredulos no mudan de vida, es porque los detienen sus pasiones, y no sus dudas: Quando vuelven alguna vez sobre sí mismos, no les asusta el como podrán creer unas cosas que se oponen á su razon, sino el cómo podrán hacer un genero de vida que se opone á sus inclinaciones. Por otra parte, regularmente viven en unas variaciones continuas acerca de su incredulidad. En algunos instantes se hallan convencidos de las verdades de la religion, en otros se burlan de ellas; unas veces buscan á los siervos de Jesu-Christo para que los instruyan, otras los tratan con desprecio. ¿De qué proviene esta inconstancia? De que no estando siempre igualmente vivas sus pasiones, las dudas que de ellas nacen deben padecer la misma mudanza; si su falsa incredulidad proviniera de verdaderas dudas acerca de la religion, mientras estas subsistieran sería la misma su incredulidad; además de que aunque respondais á las dudas de un falso incredulo, aunque le reduzcais á no tener que replicar, no cederá por eso; su tono mysterioso y decisivo os hará gemir por su obstinacion, pero no lloreis sino su mala fé; si al salir de alli le sorprehende una enfermedad mortal, le vereis convencido, confuso, arrepentido, temblando, y pidiendo consuelos, y no pruebas: ¿Es esto acaso porque se haya aclarado su entendimiento? No; sino porque como van á acabarse sus pasiones, sus dudas se acaban tambien con ellas; llamad con Tertuliano al pecador que está para morir, y confesará que tuvo engañado al público con una falsa obstentacion de impiedad.

3 Finalmente, lo que mas confirma que las dudas solamente provienen del desorden es, que no tienen otro

objeto determinado mas que las verdades que incomodan á las pasiones. Si la religion no propusiera mas que mysterios y verdades especulativas, serían muy raros los incredulos; pero propone máximas que molestan, y verdades que amenazan, y sobre estas es sobre las que caen las dudas, ó por causa de ellas se duda de las demás; y así no os persuadais á que el no rendirse el incredulo á los mysterios que no alcanza la razon es por amor que tenga á la verdad; estas verdades nada le interesan, lo que le interesa es vivir á medida de sus deseos, y no tener que temer para despues de esta vida; separad este punto, y convendrá en todo lo demás. Por eso siempre ha sido el principal intento de los Maestros de la impiedad el probar que todo muere con el cuerpo, que las penas eternas son fábulas; y el haber impugnado otros puntos de la fé, ha sido unicamente por llegar á éste. Por eso los impíos en el libro de la Sabiduría, y los Saduceos en el Evangelio, solamente impugnan la resurreccion de los muertos, y la inmortalidad del alma: este es el punto decisivo; si sacuden el yugo de la fé, es por sacudir el de las obligaciones; si la religion no se opusiera al vicio, no tendría enemigos.

II. Parte. *La ignorancia abraza las dudas sin comprenderlas.* Los falsos incredulos blasfeman lo que no han examinado, blasfeman lo que ignoran, aborrecen la religion, y este aborrecimiento es la unica ciencia que forma sus dudas: *Malunt nescire, quia jam oderunt.* Verdaderamente que para impugnar unas verdades recibidas en todos los siglos por los mayores hombres, y por los ingenios mas sublimes, se necesitarian unas razones bien convincentes, y unos talentos bien raros y bien nuevos. Con todo eso examinad á esos entendimientos que se precian de superiores, y vereis que no tienen mas ciencia que unas dudas ya antiguas y vulgares; no saben mas que unas relaciones estudiadas de libertinage; no tienen fundamentos, principios, ni reflexion; son unos hombres

inconstantes y superficiales, en quienes los excesos casi han obscurecido las luces de la razon; son unos hombres para nada, distraídos, é ignorantes, que no saben mas que repetir lo que han oído; son ecos de la incredulidad, que sin ser incredulos saben lo que han de decir para dudar, pero no saben lo necesario para dudar ellos mismos; no dudan para instruirse, porque á tanta costa no comprarían el gusto de llamarse incredulos, y aun serían incapaces de eso; no los llameis ni Socinianos, ni Deistas, ni Ateistas, porque eso sería hacerles demasiado favor; nada son, ó á lo menos ellos mismos no saben lo que son.

Y lo que mas admira es, que tratandonos ellos de espiritus credulos, y de que cedemos á la mayor autoridad que hay en la tierra, ellos se rinden á la autoridad de un libertino, que quando mas embriagado estaba en sus desordenes se atrevió á decir que no habia Dios, aunque acaso él no creía lo que decia; bastante manifiestan su ignorancia con buscar impíos verdaderos y firmes en la incredulidad; Espinosa fue verdadero incredulo, pero no buscó á nadie para que le confirmase en la irreligion; los que tanto desearon consultarle, dieron bien á entender con su misma ansia su poca firmeza y sus remordimientos; y manifestaron que su falsa incredulidad no era mas que un deseo formal de ser impíos.

III. Parte. *La vanidad se precia de las dudas sin poder hallar consuelo en ellas.* Los falsos incredulos son unos jactanciosos, que se precian de lo que no son, y que á fuerza de decir que nada creen, llegan á persuadirse á que es así, y de este modo forman mejor opinion de sí mismos. 1. Porque en esta profesion de la incredulidad se supone un talento superior, siendo así que las pasiones no suponen mas que el desorden. 2. Porque hoy, los que se precian de algun mas estudio que otros, forman dudas acerca de la religion; y como en los siglos anteriores ha habido algunos hombres falsamente tenidos por grandes, que hicieron profesion de no creer nada, se persuaden

á que imitando su estilo participarán de su reputacion, y se honran con tomarlos por modelos. 3. Porque pareciendoles que aquellos con quienes viven estrechamente unidos en el desorden nada creen, sería afrenta para ellos el creer, siendo disolutos como ellos; cometer excesos, y confesar un infierno, es ser un disoluto principiante, es manifestar un modo de pensar pueril; el desorden es muy atrevido; el que una vez ha podido persuadir á los demás que ya se halla superior á esas flaquezas vulgares, se burla de los que aun dan muestras de temer, é insulta á su simplicidad: *¿Adhuc permanes in simplicitate tua?*

¿Pero qué remedio halla el impío en estas dudas de que tanto se precia? Ninguno. El impío provoca á Dios en público, y le está temiendo en secreto; es un impostor, que no puede engañarse á sí mismo; un furioso que hace callar á la vergüenza, porque no puede hacer callar á su conciencia; un hombre embriagado y furioso que todo lo sacrifica á la deplorable vanidad de parecer increíble. ¡Ah! Conozcamos, Católicos, la indignidad é infamia, aun segun el mundo, que en sí oculta esta profesión. 1. El desorden, 2. la ruindad, 3. la mala fé, 4. la ostentacion é indigna vanidad, 5. la temeridad, 6. la extravagancia, 7. finalmente la supersticion; digo supersticion, porque hemos visto á estos falsos incredulos consultar adivinos, caer en unas credulidades pueriles, esperar su elevacion y su fortuna de un oráculo impostor, y que al mismo tiempo que no creen en Dios, creen ridiculamente á los demonios. Acordemonos de que estos hombres perversos casi no tienen remedio para su salvacion; si estuvieran absolutamente ciegos sería menor su pecado, pero como ven, su delito es una blasfemia contra el Espíritu Santo, que siempre cae sobre ellos.

MIER.



MIERCOLES

DE LA CUARTA SEMANA.

DE LA INJUSTICIA DEL MUNDO para con los Justos.

Division. I. *El mundo impugna las intenciones de los justos quando no tiene que decir contra sus obras, y esto es temeridad.* II. *Pondera sus flaquezas, y convierte en culpas graves sus mas leves imperfecciones, y esto es inhumanidad.* III. *Satiriza su fervor, y su zelo, y esto es impiedad.*

I. Parte. *Injusticia de temeridad, que sospecha siempre de las intenciones de los justos.* El mundo parece que respeta la virtud en idea, pero siempre desprecia á los que la profesan: El primer objeto contra quien se dirigen regularmente los discursos del mundo, quando habla mal de los justos, es contra la rectitud de sus intenciones, porque sus acciones exteriores pocas veces dan motivo á la malicia y á la censura. En esta temeridad hay tres qualidades odiosas que dan bien á conocer toda su ridiculéz y su injusticia.

I Es una temeridad indiscreta, porque solamente á Dios está reservado el juicio de las intenciones y pensamientos. Quando juzgais de las intenciones de vuestro proximo, decidis de lo que no podeis conocer; pero lo que aun hace mas injusta, mas vil y mas cruel vuestra temeridad es la naturaleza de vuestras sospechas; porque no os contentais solamente con sospechar en los justos algunas de aquellas flaquezas inseparables de la condicion hu-

humana, sino que tambien ofendeis la rectitud de su corazon; sospechais en ellos infamias, disimulos é hipocresías; en una palabra, que se burlan de Dios y de los hombres, y esto sin mas fundamento que las apariencias de virtud; y asi haceis del justo un juicio que no os atreveriais á formar de un pecador convencido de enormes delitos: ¿Es posible que solamente la virtud ha de ser un delito, que no merezca perdon por vuestra parte?

Convengo en que la hipocresía merece la execucion de Dios y de los hombres; pero esas temerarias sospechas, que confunden siempre al justo con el hypocrita, dán armas á los impíos, y los ayudan á creer que no hay justos en la tierra; que los Santos, que antiguamente edificaron la Iglesia, solamente presentaron á los hombres un espectáculo de falsa virtud; y que el Evangelio nunca ha formado mas que fariseos é hypocritas: Esto basta para dar á conocer el delito de las burlas temerarias. Os persuadis á que os burlais de la falsa virtud, y dais motivo para blasfemar contra la religion; Añadese á esto, que de este modo todo es dudoso é incierto en la religion; porque si los que se llaman justos no son, segun vosotros, mas que impostores é hypocritas; tampoco nosotros nos fiamos de la probidad de los pecadores y mundanos, y asi no habrá rectitud, probidad, ni buena fé entre los hombres.

2. Es una temeridad de corrupcion, porque esa malicia que ve el delito, aun por entre las apariencias de virtud, y que atribuye á las obras santas unas intenciones pecaminosas, no puede nacer sino de una alma infame y corrompida. Como las pasiones han inficionado vuestro corazon, ¡oh vosotros á quienes se dirige este discurso! y como sois capaces de qualquier fingimiento, y de qualquiera ruindad, sospechais facilmente de vuestros proximos lo mismo que sois vosotros. Un buen corazon, un corazon recto, sencillo, y sincero, casi

no puede creer que haya impostores en la tierra, porque halla en sí mismo la apología de los demás hombres; y asi, examinad á los que forman esas infames y temerarias sospechas contra los justos, y hallaréis que por lo comun son unos hombres desarreglados y corrompidos, que procuran persuadirse á que no hay verdadera virtud, para que siendo el vicio mas comun les parezca mas digno de excusa.

Pero decís que ha habido muchos hypocritas que han pasado plaza de Santos, y que no obstante eran unos hombres perversos y corrompidos: Es verdad, ¿pero qué se infiere de ahí? ¿Acaso que todos los justos son hypocritas? ¿Qué sería del genero humano, si arguyerais de ese modo respecto de todos los hombres? Ha habido muchas Esposas infieles, muchos Magistrados iniquos, &c. ¿luego ya no hay pudor ni fidelidad en los matrimonios, ni justicia ni integridad en los Tribunales? ¿Qué cosa mas injusta ni mas necia, que atribuir á todos el delito de uno solo? Esta injusticia proviene de que nosotros aborrecemos á todos los hombres que no se nos parecen, y gustamos de condenar la virtud, porque ella nos condena.

Pero me direis, que os sirve de escarmiento el haber os engañado tantas veces en este particular: Quiero concederlo, pero os respondo, ¿qué infamia, ó qué verguenza pudiera resultaros de vuestra credulidad, aun quando os engañarais, por no querer formar sospechas contra vuestros proximos? En esto no habriais hecho mas que juzgar segun las reglas de la caridad, de la prudencia y de la justicia: ¿Qué puede haber en este engaño para que tanto os asuste? ¿El engañarse por un motivo de humanidad y compasion es cosa muy gloriosa?

Además: ¿De qué proviene ese zelo y ese horror que teneis al abuso que hacen los hypocritas de la verdadera virtud? ¿Qué os importa que el Señor sea

servido con un corazon falso, ó sincero, quando vosotros no le servís, ni aun le conocéis? ¡Ah! No es la hipocresía la que os ofende, sino la piedad es la que os desagrada. Si vuestras censuras nacieran de amor á la religion, y de verdadero zelo, siempre os acordariais con dolor de la historia de aquellos impostores que han logrado algunas veces engañar al mundo, y deseariais que estos tristes sucesos se borrasen de la memoria de los hombres.

3 Es una temeridad de contradiccion: El mundo acusa á los justos de que tienen sus fines particulares en las mas santas acciones, y de que toda su virtud es fingida; pero es muy impropio, particularmente en los que viven en la Corte, el reprehender de este modo á los justos, pues su vida no es mas que un continuo fingimiento: Quando ellos sean irreprehensibles en este particular, oiremos la temeridad de sus censuras.

Por otra parte; los mundanos se quejan de nosotros quando reparamos en algunas acciones, que segun ellos son indiferentes, y las interpretamos maliciosamente: ¿Pero dán acaso los justos mas motivo á la temeridad de las sospechas que el mundo forma contra ellos? Los mundanos quieren que tengamos por pura su intencion quando no lo son sus obras, y les parece que tienen derecho para persuadirnos, que la intencion de los justos no es inocente, quando lo parecen todas sus acciones: ¡Qué contradiccion!

II. Parte. *El mundo pondera las flaquezas de los justos, y los imputa á delito sus mas leves imperfecciones, y esto es una inhumanidad.*

1 Es inhumanidad atendida la flaqueza del hombre, porque es ilusion el persuadirse á que entre los hombres hay virtudes perfectas, porque la condicion de esta vida mortal se opone á ello: Todos, se puede decir que mezclamos con la virtud nuestros defectos,

nues-

nuestro genio, y nuestras propias flaquezas: La gracia corrige á la naturaleza pero no la destruye. Solamente en el cielo, estaremos perfectamente libres de todas nuestras miserias: Lo mas que puede pedirse á nuestra humana flaqueza, es que esté arreglado lo esencial, y que siempre estemos trabajando para reglar lo restante: Y teniendo, como tenemos, dentro de nosotros mismos una contradiccion eterna á la Ley de Dios, siendo debiles para el bien, y estando siempre dispuestos para el mal, ¿debe causar admiracion que unos hombres cercados de tantas miserias dexen vér en sí algunas? ¿Si el mundo procediera con equidad, no tendria por mas dignos de admiracion á los justos por hallarse aun en ellos algunas virtudes, que de censura porque conservan algunos vicios?

Por otra parte, Dios tiene sus razones para dexar aun en los justos algunas flaquezas sensibles: De este modo quiere mantenerlos en la humildad, animar su vigilancia, excitar en ellos un continuo deseo de la patria celestial, quitar á los pecadores el motivo de que se desalienten con el espectáculo de una virtud demasiado perfecta, proporcionar á los justos una continua materia de oracion y penitencia, prevenir los excesivos honores que pudiera tributar el mundo á la virtud, si fuera demasiado pura y resplandeciente; y puede ser, finalmente, que por este medio quiera Dios acabar de obstinar y cegar á los enemigos de la virtud.

2 Es inhumanidad, aun quando no se considere mas que la dificultad de la virtud: ¡Oh mundanos! ¿Os parece cosa tan facil el vivir segun Dios, y caminar por las estrechas sendas de la salvacion, que hayais de ser tan crueles con los justos quando se apartan de ellas un solo instante? ¿Qué es lo que vosotros nos estais diciendo todos los dias acerca de las dificultades de una vida Christiana, quando os proponemos

Tomo V.

Zz

SUS